

REC

31-Dic-1970

PLASTICA

por JOSE MARIA PALACIOS

EL AÑO ARTISTICO 1970

Juzgado en forma global, el año 1970 puede sintetizarse en lo siguiente: mucha cantidad, relativa calidad. Y esto, acaso, porque nunca hasta ahora, que recordemos en más de dos décadas en las cuales hemos tenido ingerencia directa a través de comentarios, se había dado una mayor influencia de pintores, escultores y artesanos hacia las salas de exposiciones, o hacia el afán desorbitado por exponer, aunque fuera al aire libre...

Entre muestras individuales y colectivas, el año registra más de un centenar. Y entre pintores, escultores y artesanos, más de mil. Claro está, entre chilenos y extranjeros.

Con las ilustraciones para el libro de Pablo Neruda —"20 poemas de amor y una canción desesperada"—,

cuyo ejemplar numerado como primero fue vendido en E° 60.000, hasta su reciente exposición en la calle Florida de Buenos Aires —Galería Carmen Waugh—, el pintor chileno Mario Toral, 36 años, abre y cierra el año plástico. En medio asoma en la exposición del "Surrealismo en Chile", organizada por la Universidad Católica, y en el "Homenaje al triunfo del pueblo", en la Universidad de Chile, además de incluirse en la IV Biental Americana del Grabado y permanentemente en la Galería Carmen Waugh.

Al comenzar el año, el llamado a concurrir a la muestra "¡América, no invoco tu nombre en vano!", abre una interesante perspectiva. Se piensa y desea lo mejor. Pero al concurrir a la muestra, en el Museo de Arte Contemporáneo, las esperanzas se vienen al suelo. Todo el equivocadamente nominado arte comprome-

tido o de protesta se ha hecho presente allí, y la idea de un auténtico arte americano se advierte frustrado en la exhibición de anécdotas individualistas o locales, sin mayor arresto artístico.

Pero en el Instituto Cultural de Las Condes se da algo positivo: una retrospectiva de Arturo Gordon, artista que se ha revalorizado con absoluta justicia en los últimos años. Su motivación fue en general costumbrista y se hizo famoso con sus "novenas". Otro pintor que también hizo algo similar fue Julio Zúñiga, quien falleció en el curso de este año de 1970.

En general, las retrospectivas fueron las grandes ausentes del año, si bien el mismo Instituto ya citado dio en ofrecer también una muy interesante de Oscar Trepte, artista alemán que vivió en Chile 30 años y fuera profeso en la Escuela de Bellas Artes de la Universidad Católica. La retrospectiva fue un justo homenaje a un gran artista y un excelente maestro.

Hubo, como dijimos, gran cantidad de muestras, pero si bien es dable registrar varias individuales de particular jerarquía, es evidente que algunas de las colectivas dieron la nota alta. En orden cronológico, ellas

fueron la de "Pequeña Imaginería Colonial", llevada a cabo en el Convento de San Francisco, donde pudo advertirse el notable refinamiento habido en el pasado en torno al culto religioso doméstico; la de "Plástica Moderna del Japón", cuya sutileza en el tratamiento de los materiales vino a confirmar una vez más en la Biblioteca Nacional lo notable del espíritu oriental; la del "Surrealismo en Chile", realizada en la Universidad Católica, en que desgraciadamente pudo advertirse más entusiasmo que real calidad, apuntándose además dos ausencias claras: las de Agustín Cardemil y Ernesto Barrera; la IV Biental Americana del Grabado, que merece comentario aparte; la del "Arte Cinético en Chile", en el Instituto Chileno-Norteamericano, que mostró particular

(continúa al
reverso)

Ahora, en cuanto a las exposiciones individuales, hay no poco que decir. La Sala del Banco Chile se salvó gracias a las muestras de Fernando Morales, Carlos Pedraza, Hardy Wistuba y Alberto Westermeyer. La Sala Forestal, en el Museo de Bellas Artes, salió airosa con dos de los argentinos, Manuel Oliveira —Premio de la Crítica 1970—, y José María Aguiar, escultor. El Instituto Chileno-Norteamericano, aparte de su muestra de arte cinético, apuntó también un éxito con Miguel Cosgrove, en tanto su colega, el Chileno-Británico, tuvo lo mejor en los dibujos muy intencionados, con singular humor, de Agustín Olavarría y unos tallados pascuenses. La Galería Patio tuvo dos muestras interesantes: la de Orlando Mingo, en clara ascensión de expresividad sintética, y la de Maureen Urzúa, cuyas enormes telas con motivos indigenistas suponen acendrado valor autóctono.



MARTA COLVIN
Premio Nacional de Arte

madurez en el cultivo de esta expresión a través de Carlos Ortúzar, Matilde Pérez e Iván Vial, más algunos alumnos; y, por último, el 34.º Salón Internacional de Arte Fotográfico, en la Biblioteca Nacional, cuya excelencia dio pauta del enorme progreso alcanzado en este campo.

Otras muestras colectivas dieron paso a la exhibición de los proyectos presentados al concurso para decorar el paso bajo nivel del Santa Lucía, en donde triunfó el conjunto formado por Bonatti-Ortúzar-Vial; dos en el Museo de Arte Popular, ofreciendo interesantes panorámicas de expresiones mexicanas y chilenas; dos —una pre y otra post—, motivadas por la campaña y el posterior triunfo de Salvador Allende; otra de Grabados, en la Galería Carmen Waugh; la del Primer Salón de Acuarela, en el Instituto de Las Condes, que sentó magífico precedente para el futuro, y la Feria de Artes Plásticas, en el Parque Forestal que, pese a ciertos comentarios en contra, significó el retorno a ella de varios consagrados, otorgando nuevo vuelo a un intento que alguna inercia los había tangenciado en años anteriores. Y de este modo, en resumen, se completó la serie de muestras colectivas, revelando una mayor unión de la familia plástica y dejando de lado algunos prejuicios de menor monta.

La razón, apuntada antes, en orden a decir que la IV Bienal Americana del Grabado merecía comentario aparte, reside, básicamente, en que para su logro no se tomaron las medidas debidas. A tal punto, que en algún balance hecho por ahí, se dice que uno de sus aspectos más importantes fue la muestra individual del mexicano José Guadalupe Posada. Pero con fecha 14 de agosto, PEC N.º 365, escribimos: "En forma especial, en esta Bienal se había anunciado que se rendirían homenajes a Josef Albers, Rufino Tamayo, a JOSE GUADALUPE POSADA y a los grabadores populares chilenos. Se cumple con casi todos, salvo con Posada, porque, según se nos dijo, no hubo donde colgarlo".

La Bienal, pese a esto, que no deja de tener alguna importancia, fue notable.

La Sala Nahuel, de controvertido horario de atención —después de las 20 horas—, destacó a Eduardo Ossandón y Augusto Barcia, este último Primer Premio en el Salón del Mar, de Valparaíso. La Sala 666, en el mismo número de la calle Teatinos, fue sólo carnet de inscripción para incorporarse a las nuevas huestes que gobiernan Bellas Artes. La Galería Ana María Sotomayor, en cambio, destacó dibujos de Guillermo Núñez, que este año estuvo más dedicado a la industria de los "posters".

Mención aparte merece la bellísima muestra de orfebrería que nos ofreció la artista boliviana Nilda Núñez del Prado en "La Maison". E igual el mural de Fernando Daza, homenaje a Gabriela Mistral, en el costado sur del Cerro Santa Lucía.

Restan ahora las mejores. Sotelo, con la suya en la Universidad de Chile, obtuvo el Premio de la Crítica 1970 para el mejor exponente nacional. Pero Benjamín Lira, en el Instituto de Las Condes, fue la mayor revelación junto a Mario Irarrázaval, escultor, en el de Providencia. Ernesto Barreda y Mario Carreño, por su parte, ganaron también elogios unánimes con sus presentaciones en la Galería Carmen Waugh.

Interesante fue también el aporte rioplatense con los grabados del uruguayo Carlos González, en la Casa de la Cultura del Ministerio de Educación, y del argentino Daniel Zelaya en Las Condes. En el plano nacional tampoco puede dejarse de lado a Hernán Larraín Peró, Eduardo Browne, Graciela Fuenzalida, Carmen Silva, Reinaldo Villaseñor, Paz Astoreca, Delia del Carril y Sergio Castillo Amunátegui. Lo peor fue desarrollado en la Universidad de Chile con Vivian Sheiling y Luis Mora. Pese a ser marxistas, ni "EL SIGLO" pudo decir algo bueno...

Párrafo aparte merece la artesanía. Tuvo en 1970 un desarrollo casi espectacular. Se hizo presente en varias ocasiones y en casi todas partes, con calidad muy encomiable y búsqueda de nuevas modalidades.

Pero lo más trascendente en plástica 1970 ha sido la remodelación del Museo de Bellas Artes, que hace muy loable el premio a Nemesio Antúnez dado por el Senado, al igual que el cedido a Marta Colvin, ya figura internacional con absoluta justicia.

Como puede apreciarse, pese a lo dicho, al comienzo: mucha cantidad y relativa calidad, hay de todos modos un excelente saldo a favor, que augura para 1971 un movimiento de enorme interés y clara afirmativa de nuestros valores. Y es que al concluir la década 1960-70, ya no sólo los nombres de Matta y Zañartu nos parecen las cumbres. Y yo diría que estamos viviendo un auténtico renacimiento de nuestra plástica. No se puede decir ni pedir más.